

Ensayos

EL IDEAL PURITANO Y LA REPROBACION MORAL DEL PAUPERISMO

Entre los muchos y significativos factores que influyeron en el Derecho de Pobres inglés, contribuyendo a su progresiva configuración, no cabe olvidar el que representó en su día el ideal puritano y la valoración moralmente negativa que éste arrojó sobre la pobreza, al inscribirse en ese curioso proceso histórico por el que el Gran Leviathán había empezado a reemplazar al Buen Samaritano.

Se ha escrito, así, que una legalidad de nuevo cuño fue sobreponiéndose a un tipo de caridad insatisfactorio y hasta sucedáneo de la verdadera caridad, aunque haya de reconocerse que lo que se derivó a veces de las pretensiones de las parroquias y de su codicia fue más bien una legalidad corrupta y localizada. En todo caso, la Iglesia perdió su tradicional dominio sobre los petitionarios de socorro, y el «Derecho de Pobres» fue, a la vez, causa y efecto del declinar de la caridad personal (1).

El viejo «Derecho de Pobres» fue aplicado espasmódicamente en los últimos años del reinado de Isabel I y bajo Jaime I, y más consecuente y vigorosamente durante los años que siguieron a 1629, en que Carlos I se esforzó grandemente en gobernar el país firme y eficientemente, pero, en última instancia, sin aquella alianza con el Parlamento que fuera uno de los mayores secretos de la fuerza de la astuta Reina Isabel.

Por aquel tiempo la carga representada por el «Derecho de Pobres» llegó a ser gradualmente aceptada como un deber consuetudinario, aunque con repugnancia en vista de su costo. Y ello, pese a la oposición suscitada por el hecho de que fueran las parroquias las que, sobre la base de medios insuficientes y con una imperfecta maquinaria parroquial, tuvieran que encontrar trabajo para las personas hundidas en la miseria. Y continuó siendo aplicado, incluso sin presión central alguna, durante la guerra civil.

(1) CHRISTOPHER HILL: *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary England*, 1966, págs. 266-270.

Pero, con la victoria en esta guerra de las fuerzas parlamentarias y el triunfo del espíritu puritano, se produjo generalmente un cambio de actitud. El paternalismo de los Tudor y su preocupación por el bienestar general —*common weal* en la expresión isabelina— que Carlos I, con poca destreza y todavía menor éxito, se había esforzado en mantener, habían pasado para siempre, y con ellos había desaparecido la posibilidad de que la autoridad real impusiera la uniformidad a todo el país a través del *Privy Council*.

El nihilismo administrativo —ha dicho crudamente Tawney— iba a ser desde entonces, y de un modo creciente, la regla de la política social (2), aunque tal nihilismo no siempre significara necesariamente ineficacia local.

Hasta el siglo XIX el Gobierno no empezaría a intervenir activamente otra vez. Se abría una era de libertad individualista anunciada ya por Raleigh en 1601, aun cuando ello no había de revelarse plenamente o no había de ser explícitamente reconocido, por obra de Adam Smith, hasta cien años después.

El cambio pudo observarse muy pronto en la creciente impaciencia mostrada con los pobres, considerados como verdaderos obstáculos para un progreso estable de las mejoras económicas.

Pocos meses después de la ejecución de Carlos I en 1649 —lo que no deja de ser una coincidencia bastante significativa— se estuvo oyendo la queja de que, si los hombres habían de ser atendidos, ello iba a ser sólo en el otro mundo, por cuanto se sospechaba que el Parlamento estaba planeando hacer para ellos, «de este mundo un *Bridewell*, a fin de que sirviera de purgatorio para el otro» (3). Recuérdese, a este respecto, que durante mucho tiempo el solo nombre del antiguo palacio real de Bridewell, destinado a la corrección de aquellos pobres válidos, esto es, aptos para el trabajo, que eran recalitrantes y se obstinaban en no querer trabajar, evocó el trato más duro e inhumano que imaginarse pueda.

Y *Bridewell* fue, en verdad, la palabra clave, porque se hizo tan borrosa en la práctica la distinción entre los genuinamente parados y los meramente vagos, entre las «casas de trabajo», las «casas de pobres» y las «casas de corrección», que la mayor confusión en este punto había de caracterizar en buena medida el socorro de los pobres durante los dos siglos y medio siguientes.

El endurecimiento de la actitud para con los pobres no fue más que un

(2) R. H. TAWNEY: *Religion and the Rise of Capitalism*, Pelican Books, 1964, página 214.

(3) Cit. por M. JAMES: *Social Problems and Policy during the Puritan Revolution*, página 284.

aspecto del nuevo espíritu individualista y de empresa que ya había aflorado en la Inglaterra isabelina y que los años de la guerra civil habían llevado al poder. En 1641 el Parlamento tenía ya asegurado su liderazgo gracias a «the winning of the initiative by House of Commons» —en frase de Notestein—, hecho que se había producido un año antes. Pero la guerra civil había justificado con el éxito las doctrinas religiosas y sociales de los puritanos y los grandes esfuerzos del credo individualista.

El control central había quedado desacreditado bajo Carlos I, haciéndose más impopular aún con el Gobierno de Cromwell, las locuras de Jacobo II y la larga sombra proyectada por la autocracia de Luis XIV de Francia.

Y parece claro que, aún sin la revolución política, que alcanzaría su climax en 1688-89 con la «gloriosa», el constante crecimiento del comercio y la industria, a un ritmo cada vez más acelerado, habría exigido un insostenible esfuerzo para asegurar el control central de las condiciones sociales y económicas. Los ejemplos de nuestra patria y de Francia, en ese período y posteriormente, suministran la suficiente prueba del efecto asfixiante que producen en tiempos de cambio y crecimiento tanto la centralización como el Gobierno despótico.

En Inglaterra, empero, estaban actuando otros y más constructivos factores. Estaban surgiendo nuevas ideas y perfilándose nuevas prácticas. Esto no quiere decir, sin embargo, que se produjera una ruptura o un corte brusco, ni que el fin de la dinastía Tudor representara una brecha en la política práctica. Recientes investigaciones en los archivos de diversas localidades han mostrado cuánta continuidad hubo, en efecto, y cuán responsable y efectiva continuó siendo gran parte de la Administración local, aun sin el aguijoneante estímulo de la central. Pero hubo, indudablemente, un cambio, y por cierto muy significativo, en una época que abría nuevos horizontes al comercio y a la industria.

Aunque el puritanismo fue derrocado del gobierno de la Iglesia en 1660, su espíritu e influencia se dejó sentir en la sociedad inglesa durante mucho tiempo: y es que los conflictos del siglo XVII habían de dejar en la historia inglesa una huella duradera.

Se ha popularizado la noción de que el puritanismo fue la partera de la economía capitalista, y de que estimuló el propio interés y la propia confianza a expensas de la responsabilidad social. Pero estudios más recientes han rectificado esta interpretación, y han puesto de relieve que los puritanos fueron tan sensibles a las necesidades de sus semejantes y tan paternalistas en su cuidado de ellos, como pudieron serlo sus antepasados en la era isabelina.

En las postrimerías del interregno escribía un distinguido y moderado clérigo, Edward Reynolds: «Dios nos ha dado (riquezas) para hacer el bien

con ellas..., para el bien de nuestras almas y el alivio de nuestros hermanos pobres» —«God hath given (riches) to us, to do good with... for the good of our souls and the comfort of our poor brethren»— (4). Con ello no hacía más que expresar las ideas normalmente en curso, reiteradas una y otra vez en sermones y homilias.

De hecho, el puritano típico era un hombrecillo honesto, concienzudo, trabajador infatigable, temeroso de Dios y frugal, cuyos principios le habían enseñado a cumplir con su deber, por Dios y por el hombre a partes iguales.

Le desagradaba, por un lado, la indulgente inactividad de la práctica católica, con sus fiestas de los santos y con sus improductivos monasterios, y temía, por ello, la inclinación de la Alta Iglesia hacia el anglicanismo. Al mismo tiempo detestaba la prodigalidad de la nobleza y de la gente de buena cuna y posición social, y despreciaba la tendencia a la ociosidad que caracterizaba a tantos pobres que trabajaban.

Sostenía que la ocupación de los trabajadores era una protección contra el pecado, y que la Reforma era la base del espíritu de iniciativa inglés, que tan bien se reflejaba en el poderío marítimo y en el comercio (5).

Otro teólogo, William Perkins, había escrito sesenta años antes: «Si eres recto y diligente en tu profesión legal, encontrarás lo suficiente para esta vida» («If thou be upright and diligent in thy lawful calling, thou shalt finde sufficient for this life») (6).

Y Kiernan comenta que una «profesión» para un puritano «no era una actividad egoísta de cualquier género; significaba el cumplimiento de los deberes de un hombre en todas sus relaciones» («a calling... was not a summons to egotistic activity of any kind; it meant the performance of a man's duties in all his social relations») (7).

Perkins encarecía, por ello, a todo el mundo que debía «aplicarse hasta el máximo de su poder, a hacer todo lo que pudiera para el bien de su país; y había de conducirse de forma que pudiera ser útil a todos aquellos con quienes tratara y a ninguno dañoso» («apply himself to the uttermost of his power to do all he can for the good of his country; and he must so deale

(4) W. K. JORDAN: *Philanthropy in England, 1480-1660*, 1959, pág. 201.

(5) CHRISTOPHER HILL: *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary England*, 1966, páginas 120-137.

(6) Cit. por CHRISTOPHER HILL: «Puritans and the Poor», en *Past and Present*, número 2, pág. 40.

(7) V. KIERNAN: «Puritanism and the Poor», en *Past and Present*, núm. 3, página 47.

that he many be helpfull to all with whom he deales, and hurtfull to none» (8).

De modo análogo, en un sermón pronunciado ante la Cámara de los Comunes se predicaba en 1643 que todo hombre había de «contribuir con sus aptitudes de cualquier género que fueran a ser capaz de servir a la comunidad» («to contribute his abilities of what kind soever to be serviceable to the community») (9).

El ideal puritano no consistió, pues, en realidad, como se ha dicho, en el afán de adquirir o en el ánimo de lucro, sino en esta llamada al trabajo y al servicio, que se estimaba la base del orden y de la verdadera disciplina en la sociedad. El trabajo —escribe Walzer—, «era la forma primaria y elemental de disciplina social, la clave del orden y el fundamento de toda ulterior moralidad» («the primary and elemental form of social discipline, the key to order, and the foundation of all further morality») (10). De ahí la condena de toda ociosidad y disipación.

Raleigh había sostenido que «el hambre y la pobreza hacen a los hombres industriosos» («hunger and poverty make men industrious») (11). Frente a esta idea que había de morir difícilmente, el punto de vista puritano era más bien el de que hay un apremio interior que impulsa a los hombres, que es, en definitiva, el deseo de justificarse a sí mismos ante Dios y ante sus semejantes.

Esto, en un momento en que los recursos industriales y comerciales de Inglaterra estaban experimentando su primer desarrollo, había de ser de gran importancia para el futuro. Es ya un tópico afirmar que existe la más estrecha conexión entre la ideología protestante del trabajo duro y las necesidades económicas de la sociedad inglesa. Se pensaba que el trabajo, con tal de que no fuera de una especie degradada, poseía por sí mismo dignidad y valor social, y que la constante persecución, a su través, del propio beneficio redundaría en el beneficio de todos. «Es una máxima innegable —se decía en un folleto de 1656— que todo el mundo por la luz de la naturaleza y de la razón hará aquello que redunde en su mayor ventaja... El progreso de las personas privadas será para ventaja del público» («It is an undeniable maxim that everyone by the light of nature and reason will do that which makes

(8) Cit. por V. KIERNAN, *Loc. cit.*

(9) Cit. por M. JAMES: *Social Problems and Policy during the Puritain Revolution*, página 16.

(10) M. WALZER: *The Revolution of the Saints*, pág. 211.

(11) Cit. por CHRISTOPHER HILL: *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary England*, 1966, pág. 125.

for his greatest advantage... The advancement of private persons will be for the advantage of the public») (12).

Más de un siglo después Adam Smith había de consagrar esta conclusión con su famoso símil de la «mano invisible» («invisible hand») que conduce al individuo que «se propone solamente su propia ganancia... a promover un fin que no estaba en su intención» («intends only his own gain... to promote an end which was no part of his intention») (13). Pensamiento, en el fondo, muy inglés, y que los éxitos de Inglaterra en la paz y en la guerra parecen haber justificado ampliamente.

Era inevitable, sin embargo, que con ello se desarrollara una actitud de impaciencia respecto de la pobreza, y se consideraran los éxitos en este mundo como un marchamo de los valores morales. «Es indudable que los ricos deberían ser la porción de los piadosos más que de los malvados... —escribía otro puritano en 1654—, porque la piedad tiene la promesa de esta vida además de la vida venidera» («No question, but —riches— should be the portion rather of the godly than of the wickend... for godliness hath the promise of this life as well as of the life to come») (14).

De esto a creer que había una cierta deshonra moral inherente, no ya a la maldad, sino fundamentalmente a la falta de éxito, no había más que un paso. El ser pobre, en el sentido de tener que acudir a otros en busca de auxilio, era algo moralmente reprochable, a no ser que se fuera desvalido —*impotent*—, es decir, que no se pudiera trabajar. El estar parado en una economía en trance de expansión era una prueba de hábitos viciosos u ociosos, o de ambos.

No es, así, extraño que John Locke, en un informe dirigido al *Board of Trade* en 1697, achacara la pesada carga del pauperismo a «la relajación de la disciplina y a la corrupción de las costumbres» («the relaxation of discipline and corruption of manners»), y propusiera que se disciplinara a los pobres, mediante «el freno de su libertinaje... suprimiendo superfluas tiendas de *brandy* e innecesarias cervecerías» («the restraint of their debauchery... by the suppressing superfluous brandyshops and unnecessary alehouses») (15).

La preocupación por la intemperancia iba a proporcionar durante más de dos siglos un motivo constante de reprobación moral del pauperismo. Se atajó el consumo de *brandy*, como producto importado que era de la odiada Francia, con la imposición de derechos de aduana desde finales del siglo XVII (de

(12) Cit. por R. H. TAWNEY: *Religion and the Rise of Capitalism*. Pelican Book. Penguin Books, Ltd., Harmondsworth, Middlesex, England, 1964, pág. 232.

(13) ADAM SMITH: *The Wealth of Nations*. Ed. Cannan, vol. I, pág. 477.

(14) Cit., por R. H. TAWNEY: *Religion and the Rise of Capitalism*. Pelican Book. Penguin Books, Ltd., Harmondsworth, Middlesex, England, 1964, págs. 238-239.

(15) Cit. por SIDNEY y BEATRICE WEBB, *Op. cit.*, pág. 110.

ahí las ahora legendarias aventuras de los contrabandistas), pero se favoreció el producto local, la ginebra, para ayudar a los agricultores a dar salida a su trigo.

De ello se siguió la aterradora entrega a la ginebra durante la primera mitad del siglo XVIII, y su exagerado consumo dio lugar al conocido dicho de la época: «drunk for a penny deaddrunk for twopence». La copiosa venta de ginebra pareció justificar las críticas de Locke y originó un disgusto que nunca se mitigó del todo. La agitación provocada condujo en 1751 a un rígido impuesto que frenó su consumo y los estragos que producía. Y entonces, en una época en que apenas podía hallarse en las ciudades inglesas agua limpia que beber, la «gloriosa cerveza» («the glorious beer») casi se convirtió, comparativamente, en lo que más tarde había de llamarse *temperance beverage*.

Con todo, hasta finales del siglo XIX la ginebra y la pobreza habían de ser consideradas como inseparables. En realidad, el darse a la bebida de grandes masas empobrecidas fue seguramente debido más al vacío y a la frustración que a la disipación, en un momento en que el obrero se encontraba impotente ante un proceso de desarrollo industrial que escapaba por completo a su control.

Daniel Defoe, en un folleto publicado por primera vez en 1704 bajo el título *Giving Alms no Charity and employing the poor a grievance to the Nation*, da a entender que las limosnas fomentaron la ociosidad en mayor medida que la embriaguez. «La razón —arguye— de que tantos pretendan carecer de trabajo es que pueden vivir muy bien con la pretensión... ellos querrían ser hechos para dejarla y trabajar en serio» («the reason why so many pretend to want work is that they can live so well with the pretence... they ould be made to leave it and work in earnest») (16).

Claro que estas no eran las únicas opiniones en circulación. También se publicaban puntos de vista más comprensivos y caritativos. Pero las apreciaciones citadas representaban la corriente predominante, y había de influir poderosamente en la política social, no sólo durante el siglo XVIII sino también en el XIX.

A este punto de vista sobre la pobreza, y a la consideración de que, salvo el caso del desvalido, no merecía ninguna ayuda, correspondieron naturalmente la resistencia a la intervención del Estado en los asuntos económicos, y la mayor estima de que gozó la actividad individual.

Veinte años antes de que apareciera la «mano invisible» de Adam Smith, los comerciantes de tejidos se opusieron, en 1756, al *Statute of Apprentices*,

(16) Cit. por los WEBB, Op. cit., pág. 115.

arguyendo que «el comercio es una tierna planta que sólo puede ser cuidada con esmero por la libertad» («trade is a tender plant that can only be nursed up by liberty») (17).

Estas ideas se llevaron tan lejos a mediados del siglo XIX, que el arzobispo de Dublín, Richard Whateley, pudo reeditar unas conferencias pronunciadas en 1831, siendo profesor de Economía Política en Oxford, en las que se extendía en «la benéfica sabiduría de la Providencia, dirigiendo hacia el bien público la conducta de aquellos que, aun no siendo básicamente egoístas, no son, sin embargo, impulsados... por motivos patrióticos» («the beneficent wisdom of Providence, in directing towards the public good the conduct of those who even when not basely selfish, are yet not impelled... by patriotic motives») (18).

La conclusión de todo lo expuesto se desprende con claridad meridiana. Lo que empezó siendo un servicio en conciencia a Dios y a su pueblo, había llegado a convertirse casi en un hábil truco, para justificar el medro personal bajo los auspicios más exaltados.

Todo ello, como pone de relieve Tawney en su famosa obra ya citada, estaba muy lejos del puritanismo originario, cuyas primitivas enseñanzas, no menos que las de la Iglesia medieval, contrariada abiertamente (19).

El resultado fue que los pobres empezaron a ser considerados más como una pesada carga que como objeto de solicitud y caridad. Al mismo tiempo el esfuerzo financiero que suponía el socorro de los pobres comenzó a hacerse sentir seriamente. Las consecuencias de la guerra civil, la desmovilización de los soldados y marinos y las dificultades económicas durante el bienio 1660-1661 volvieron a originar el problema de los vagabundos desarraigados, que la caridad privada se mostró de nuevo incapaz de resolver.

Si cada parroquia era responsable, era importante saber de quién era responsable. No estaban, además, dispuestas las parroquias a aceptar más responsabilidades que las estrictamente legales. Combinado con un punto de vista más severo sobre los pobres, ello condujo a un trato duro e incluso brutal de la gente desvalida e infortunada.

Las responsabilidades de las parroquias tuvieron que ser redefinidas legalmente por la *Act for the Better Relief of the Poor* de 1662. Esta ley, más conocida por *Act of Settlement and Removal*, fue, en frase de Marshall, «el quicio en torno al cual la administración del socorro de los pobres iba a girar por

(17) Cit. por E. E. LIPSON: *The Economic History of England*, 1948, vol. III, página 268.

(18) RICHARD WHATELEY: *Introductory Lectures on Political Economy*, 4th ed., 1855, pág. 98.

(19) R. H. TAWNEY: *Religion and the Rise of Capitalism*, cit., págs. 277-8.

casi dos siglos» («the pivot around which the administration of poor relief was to swing for nearly two centuries») (20).

Facultaba esta disposición para que todo el que, no poseyendo alguna propiedad, estuviese viviendo fuera de su propia parroquia, sin poder garantizar que nunca se convertiría en una carga para aquélla en que residía, fuese removido y trasladado a la suya nativa, esto es, a la parroquia en que tenía su «asentamiento» (*settlement*) y que estaba legalmente obligada a socorrerle en caso de necesidad.

Pero no entraré ahora en el análisis de tan importante ley, que exigiría mucho espacio y me llevaría muy lejos del inicial propósito que me ha movido a pergeñar estas líneas. Baste, por el momento, señalar que con ellas se abre otro significativo capítulo del Derecho de Pobres, cuyo estudio merece ser abordado con la mayor atención en la primera ocasión propicia.

MANUEL MOIX MARTÍNEZ

(20) D. MARSHALL: *The English Poor in the Eighteenth Century*, 1926, página 161.